

diga , que es la causa que le ha traído por estas partes tan solo , tan sin criados , y tan á la ligera , que me pone espanto. A eso yo responderé con brevedad , respondió el Cura , porque sabrá Vuestra Merced , señor Don Quixote , que yo y Maese Nicolas , nuestro amigo y nuestro barbero , íbamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente mio , que ha muchos años que pasó á Indias , me habia enviado , y no tan pocos , que no pasan de sesenta mil pesos ensayados , que es otro que tal , y pasando ayer por estos lugares , nos salieron al encuentro quatro salteadores , y nos quitáron hasta las barbas , y de modo nos las quitáron , que le convino al Barbero ponérselas postizas , y aun á este mancebo que aquí va , señalando á Cardenio , le pusieron como de nuevo : y es lo bueno , que es pública fama por todos estos contornos , que los que nos saltéáron son de unos galeotes , que dicen que libertó casi en este mesmo sitio un hombre tan valiente , que á pesar del comisario y de las guardas los soltó á todos : y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio , ó debe de ser tan grande bellaco como ellos , ó algun hombre sin alma y sin conciencia , pues quiso soltar al lobo entre las ovejas , á la raposa entre las gallinas , á

la mosca entre la miel : quiso defraudar la justicia , ir contra su Rey y Señor natural , pues fué contra sus justos mandamientos ; quiso , digo , quitar á las galeras sus pies , poner en alboroto la Santa Hermandad , que habia muchos años que reposaba : quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma , y no se gane su cuerpo. Habíales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes , que acabó su amo con tanta gloria suya , y por esto cargaba la mano el Cura refiriéndola , por verlo que hacia , ó decia Don Quixote , al qual se le mudaba la color á cada palabra , y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estós pues , dixo el Cura , fuéron los que nos robáron , que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexó llevar al debido suplicio.

## CAPÍTULO XXX.

*Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea , con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.*

No hubo bien acabado el Cura , quando Sancho dixo : pues mia fe , señor Licenciado , el que hizo esa fazaña fué mi amo ,

y no porque yo no le dixé ántes, y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos. Majadero, dixo á esta sazón Don Quixote, á los caballeros andantes no les toca, ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y oprimos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas, ó por sus gracias; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allá se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor Licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballeria, y que miente como un hidépota y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dixo, afirmándose en los estribos y calándose el morrión, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzón delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran

donayre, como quien ya sabia el menguado humor de Don Quixote, y que todos hacían burla dél, sino Sancho Panza, no quiso ser para ménos, y viéndole tan enojado, le dixo: señor caballero, miémbresele á Vuestra Merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él, no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue Vuestra Merced el pecho, que si el señor Licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua ántes que haber dicho palabra, que en despecho de Vuestra Merced redundara. Eso juro yo bien, dixo el Cura, y aun me hubiera quitado un bigote. Yo callaré, señora mia, dixo Don Quixote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digais, si no se os hace de mal ¿qual es la vuestra cuita, y quantas, quienes y quales son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza? Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oír lástimas y desgracias. No enfadará, se-

fiora mía, respondió Don Quixote: á lo que respondió Dorotea: pues así es, esténme vuestras Mercedes atentos. No hubo ella dicho esto, quando Cardenio y el Barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo: y ella, después de haberse puesto bien en la silla, y prevenidose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donayre comenzó á decir desta manera:

Primera mente quiero que vuestras Mercedes sepan, señores míos, que á mí me llaman... y detúvose aquí un poco; porque se le olvidó el nombre que el Cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dixo: nó es maravilla, señora mía, que la vuestra grandeza se turbe y empáche contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera que aun de sus mismos nombres nó se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la Princesa Micomicona, legitima heredera del gran reyno Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir aho-

ra fácilmente á su lastimada memoria, todo aquello que contar quisiere. Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que nó será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia: la qual es, que el Rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia, que mi madre, que se llamaba la Reyna Xaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo el tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él, que nó le fatigaba tanto esto, quanto le ponía en confusion saber por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, Señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reyno, llamado Pandafilando de la fosca vista (porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira) digo que supo que este gigante, en sabiendo mi horfandad, habia de pasar con gran poderío sobre mi reyno, y me lo habia de quitar todo, sin dexarme una pequeña aldea don-

de me recogiese; pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él; mas á lo que él entendia, jamas pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento: y dixo en esto la pura verdad, porque jamas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuese. Dixo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto, y viesse yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reyno, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dexase desembarazado el reyno, si queria excusar la muerte y total destruicion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los míos me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reyno, el qual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote, ó Don Gigote. Don Quixote diria, señora, dixo á esta sazón Sancho Panza, ó por otro nombre el Caballero de la Triste

Figura. Así es la verdad, dixo Dorotea: dixo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debaxo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto Don Quixote, dixo á su escudero: ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio Rey dexó profetizado. ¿Pues para que quiere Vuestra Merced desnudarse? dixo Dorotea. Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dixo, respondió Don Quixote. No hay para que desnudarse, dixo Sancho, que yo sé que tiene Vuestra Merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Eso basta, dixo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro, ó que esté en el espinazo, importa poco, basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una mesma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quixote, que él es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene no solo en Espa-

ña, però en toda la Mancha, pues apénas me hube desembarcado en Osuna, quando óí decir tantas hazañas tuyas, que luego me dió el alma, que era el mesmo que venia á buscar. ¿ Pues como se desembarcó Vuestra Merced en Osuna, señora mia, preguntó Don Quixote, si no es puerto de mar? Mas ántes que Dorotea respondiese, tomó el Cura la mano, y dixo: debe de querer decir la señora Princesa, que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de Vuestra Merced, fué en Osuna. Eso quise decir, dixo Dorotea. Y esto lleva camino, dixo el Cura, y prosiga Vuestra Magestad adelante. No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quixote, que ya me cuento y tengo por Reyna y Señora de todo mi reyno, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la fosca vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dexó profetizado Tinacrio el Sabi-

dor mi buen padre, el qual tambien dexó dicho y escrito en letras caldeas, ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, despues de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legitima esposa, y le diese la posesion de mi reyno, junto con la de mi persona. ¿ Que te parece, Sancho amigo? dixo á este punto Don Quixote, ¿ no oyes lo que pasa? ¿ no te lo dixé yo? mira si tenemos ya reyno que mandar, y Reyna con quien casar. Eso juro yo, dixo Sancho, para el puto que no se casare en abriendo el gazonico al señor Pandahilado: pues monta que es mala la Reyna, así se me vuelvan las pulgas de la cama; y diciendo esto, dió dos zapatetas en el ayre con muestras de grandissimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibia por su Reyna y Señora. ¿ Quien no habia de reir de los circunstantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado? En efeto Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran Señor en su reyno, quando el Cielo

le hiciese tanto bien que se lo dexase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia, solo resta por deciros, que de quanta gente de acompañamiento saqué de mi reyno, no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porque todos se anegáron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto: y él y yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habeis notado: y si en alguna cosa he andado demasiada, ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Esa no me quitará á mí, ó alta y valerosa señora, dixo Don Quixote, quantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean: y así de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios, y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena, espa-

da, merced á Gines de Pasamonte, que me llevó la mia. Esto dixo entre dientes, y prosiguió diciendo: y despues de habérsela tajado y púestoos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere, porque miéntras que yo tuviere ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella... y no digo mas, no es posible que yo arrostre, ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave Fénix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dixo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz dixo: voto á mí, y juro á mí, que no tiene Vuestra Merced, señor Don Quixote, cabal juicio: pues como ¿ es posible que pone Vuestra Merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? ¿ piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura, como la que ahora se le ofrece? ¿ es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante: así noramala alcanzaré yo el Condado que espero, si Vuestra Merced se anda á pedir cotufas en el gol-

fo: cácese, cácese luego, encomiéndole yo á Satanas, y tome ese reyno que se le viene á las manos de vóbis vóbis, y en sienne Rey, hágame Marques, ó Adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. Don Quixote que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzon, sin hablarle palabra á Sancho, y sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra, y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera mas, sin duda le quitara allí la vida. ¿Pensais, le dixo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos, y perdonaros yo? pues no lo penseis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea, ¿y no sabeis vos, gañan, faquin <sup>15</sup>, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarron de lengua viperina ¿y quien pensais que ha ganado este reyno, y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos Marques (que todo esto doy ya por hecho, y por cosa pasada en cosa juzgada) sino es el valor de

Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. ¡Ó hieputa bellaco, y como sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra á ser Señor de título, y correspondéis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaba tan maltrecho Sancho, que no oyese todo quanto su amo le decia, y levantándose con un poco de presteza, se fué á poner detras del palafren de Dorotea, y desde allí dixo á su amo: dígame, señor, si Vuestra Merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro está qué no será el reyno suyo, y no siéndolo ¿que mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo, cácese Vuestra Merced una por una con esta Reyna, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que Reyes debe de haber habido en el mundo, que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrámbas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea. ¿Como que no la has visto, traydor blasfemo? dixo Don Quixo-

te, ¿pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dixo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto, pero así á bulto me parece bien. Ahora te disculpo, dixo Don Quixote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Ya yo lo veo, respondió Sancho, y así en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dexar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua. Con todo eso, dixo Don Quixote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente... y no te digo mas. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó Vuestra Merced en obrallo. No haya mas, dixo Dorotea, corred Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aquí adelante andad mas atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digais mal de aquesta señora Tobosa, á quien yo no conozco sino es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un Prín-

cipe. Fué Sancho cabizbaxo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente, y despues que se la hubo besado, le echó la bendicion, y dixo á Sancho, que se adelantasen un poco, que tenia que preguntalle, y que departir con él cosas de mucha importancia. Hizolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y dixole Don Quixote: despues que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embaxada que llevaste, y de la respuesta que truxiste, y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunté Vuestra Merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á Vuestra Merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo. ¿Por que lo dices, Sancho? dixo Don Quixote. Digolo, respondió, porque estos palos de agora mas fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dixé contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, solo por ser cosa de Vuestra



Merced: No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida; dixo Don Quixote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entón- ces, y bien sabes tú que suele decirse, á pecado nuevo penitencia nueva.

Mientras esto pasaba, viéron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y quando llegó cerca, les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos, se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre, quando conoció que era Gines de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venia: el qual por no ser conocido y por vender el asno se habia puesto en trage de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conocióle, y apenas le hubo visto y conocido, quando á grandes voces le dixo: ha ladrón Ginesillo, dexa mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, dexa mi asno, dexa mi regalo, huye pnto, auséntate ladrón, y desampara lo que no es tuyo. No fueran <sup>16</sup> menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Gines, y tomando un trote que parecia car-

rera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole, le dixo ¿ como has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba y se dexaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente Don Quixote, el qual le dixo, que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas, dixo el Cura á Dorotea, que habia andado muy discreta, así en el cuento como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dixo, que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia ella donde eran las provincias, ni puertos de mar, y que así habia dicho á tiento, que se habia desembarcado en Osuna. Yo lo entendí así, dixo el Cura, y por eso acudí luego á decir lo que dixes, con que se acomodó todo. ¿ Pero no es cosa extraña ver con quanta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus

libros? Si es, dixo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dixo el Cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonisimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo, de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue, sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguió Don Quixote con la suya, y dixo á Sancho: echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, ¿donde, como, y quando hallaste á Dulcinea? ¿que hacia? ¿que le dixiste? ¿que te respondió? ¿que rostro hizo quando leia mi carta? ¿quien te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas, ó mientas por darme gusto, ni ménos te acortes por no quitármelo. Señor, respondió Sancho, si va, á decir la verdad, la carta no me la

trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Así es como tú dices, dixo Don Quixote, porque el librito de memoria donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos dias de tu partida, lo qual me causó grandísima pena, por no saber lo que habias tú de hacer quando te vieres sin carta, y creí siempre que te volverias desde el lugar donde la echaras ménos. Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria, quando Vuestra Merced me la leyó, de manera que se la dixé á un sacristan que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dixo que en todos los dias de su vida, aunque habia leído muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leído tan linda carta como aquella. ¿Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dixo Don Quixote. No señor, respondió Sancho, porque despues que la di, como vi que no habia de ser de mas provecho, di en olvidalla: y si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo del *Soberana Señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte, El Caballero de la Triste Figura*: y en medio destas dos cosas le puse mas de trecientas almas y vidas y ojos míos,

— In ob omnia amud tan ob oorum leb agui

## CAPÍTULO XXXI.

*De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.*

Todo eso no me descontenta, prosigue adelante, dixo Don Quixote. Llegaste ¿y que hacia aquella Reyna de la hermosura? Á buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero. No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo Don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo ¿el trigo era candeal, ó trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dixo Don Quixote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna: pero pasa adelante: quando le diste mi carta ¿besóla? ¿púsose la sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿ó que hizo? Quando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de tri-

go que tenia en la criba, y díxome: poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está. Discreta señora, dixo Don Quixote, eso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella: adelante, Sancho, y en tanto que estaba en su menester ¿que coloquios pasó contigo? ¿que te preguntó de mí? y tú ¿que le respondiste? acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima. Ella no me preguntó nada, dixo Sancho, mas yo le dixé de la manera que Vuestra Merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin peynarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecía mi fortuna dixiste mal, dixo Don Quixote, porque ántes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe, que me lleva á mí mas de un coto. Pues como, Sancho, dixo Don Quixote ¿haste medido tú con ella? Médime en esta manera, respondió Sancho, que lle-

gando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicó Don Quixote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa: quando llegaste junto á ella ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé que de bueno que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho ó tufo, como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero? Lo que sé decir, dixo Sancho, es que sentí un olorcito algo hombruno, y debía de ser, que ella con el mucho exercicio estaba sudada y algo correosa. No sería eso, respondió Don Quixote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á ti mismo, porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor, que entónces me pareció que salía de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de que maravillarse, que un diablo parece á otro. Y bien, prosiguió Don Quixote, he aquí que acabó de limpiar su trigo y de envia-

lo al molino; ¿que hizo quando leyó la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyó, porque dixo que no sabia leer ni escribir, ántes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el Lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que Vuestra Merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo: y finalmente me dixo, que dixese á Vuestra Merced, que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseo de verle que de escribirle: y que así le suplicaba y mandaba, que visita la presente, saliese de aquellos matorrales, y se dexase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á Vuestra Merced: rióse mucho quando le dixese como se llamaba Vuestra Merced *El Caballero de la Triste Figura*: preguntéle si habia ido allá el Vizcaino de márras, díxome que sí, y que era un hombre muy de bien: tambien le pregunté por los galeotes, mas díxome que no habia visto hasta entónces alguno. Todo va bien hasta agora, dixo Don Quixo-

te; pero dime ¿ que joya fué la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí llevaste? porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas, ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado. Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza, pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral, quando della me despedí: y aun por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en extremo, dixo Don Quixote, y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser, porque no la tendria allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua, yo la veré y se satisfará todo. ¿Sabes de que estoy maravillado, Sancho? de que me parece que fuiste y veniste por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta leguas: por lo qual me doy á entender, que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis

cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, sopena que yo no sería buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sabio destos, que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber como ó en que manera, amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció: y si no fuese por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de muerte, y quando no os me cato, asoma por acullá encima de una nube, ó sobre un carro de fuego otro caballero amigo suyo que poco ántes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas, y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores, que tienen cuidado destos valerosos caballeros: así que, amigo Sancho, no sé me hace dificultoso creer, que en

tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses. Así sería, dixo Sancho, porque á buena fe, que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oídos. Y como si llevaba azogue, dixo Don Quixote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja; pero dexando esto aparte ¿que te parece á ti que debo yo de hacer ahora cerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la Princesa que con nosotros viene, y fuérame la ley de caballería á cumplir mi palabra ántes que mi gusto: por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora, por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer, será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la Princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á

la luz que mis sentidos alumbrá; á la qual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues quanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo. Ay! dixo Sancho; y como está Vuestra Merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor, ¿piensa Vuestra Merced caminar este camino en balde, y dexar pisar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reyno, que á buena verdad que he oido decir, que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cátese luego en el primer Lugar que haya Cura, y si no ahí está nuestro Licenciado, que lo hará de perlas: y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale páxaro en mano, que buytre volando, porque quien bien tiene

y mal escoge, por bien que se enoja, no se venga. Mira Sancho, respondió Don Quixote, si el consejo que me das de que me case, es porque sea luego Rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber, que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala, ántes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reyno, para que la pueda dar á quien yo quisieré: y en dándomela ¿á quien quieres tú que la dé sino á ti? Eso está claro, respondió Sancho; pero mire Vuestra Merced que la escoja hácia la marina, porque si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho: y Vuestra Merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta, que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. Dígoté, Sancho, dixo Don Quixote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en quanto el ir ántes con la Princesa, que á ver á Dulcinea: y avisote que no digas nada á nadie,

ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mí los descubra. Pues si eso es así, dixo Sancho; como hace Vuestra Merced, que todos los que vence por su brazo, se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado? y siendo forzoso que los que fuesen se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de Vuestra Merced á dalle la obediencia ¿como se pueden encubrir los pensamientos de entrámbos? ¡Ó que necio y que simple que eres! dixo Don Quixote, ¿tú no ves, Sancho, que eso todo redundá en su mayor ensalzamiento? porque has de saber, que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan mas sus pensamientos que á servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros. Con esa manera de amor, dixo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que

nos mueva esperanza de gloria, ó temor de pena, aunque yo le querría amar y servir por lo que pudiese. Válate el diablo por villano, dixo Don Quixote; y que de discreciones dices á las veces! no parece sino que has estudiado. Pues á fe mía, que no sé leer, respondió Sancho. En esto les dió voces Maese Nicolas, que esperasen un poco, que querían detenerse á beber en una fontecilla <sup>12</sup> que allí estaba. Detúvose Don Quixote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras, porque puesto que él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la había visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traía quando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacían mucha ventaja á los que dexaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta, satisficieron aunque poco la mucha hambre que todos traían. Estando en esto, acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el qual poniéndose á mirar con mucha atención á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quixote, y abrazándole por las piernas, comenzó á llorar muy





Lidoro, y Antonio Carrasco le dibujaron.

J.F. Palomares lo grabó.

de propósito diciendo: ay señor mio! ¿no me conoce Vuestra Merced? pues mireme bien, que yo soy aquel mozo Andres que quitó Vuestra Merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle Don Quixote, y asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dixo: porque vean Vuestras Mercedes quan de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios, que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan Vuestras Mercedes, que los dias pasados pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: acudí luego, llevado de mi obligacion, hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho, que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dexará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábase abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo, y así como yo le ví, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio, que le azotaba porque era

su criado, y que ciertos descuidos que tenia nacian mas de ladron que de simple: á lo qual este niño dixo: señor, no me azota sino porque le pido mi salario: el amo replicó no sé que arengas y disculpas, las quales aunque de mí fueron oidas, no fueron admitidas: en resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andres? ¿no notaste con quanto imperio se lo mandé, y con quanta humildad prometió de hacer todo quanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes, ni dudes en nada, di lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos. Todo lo que Vuestra Merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que Vuestra Merced se imagina. ¿Como al revés? replicó Don Quixote, ¿luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como Vuestra Merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la mesma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolomé desollado:

y á cada azote que me daba, me decia un donayre y chufeta acerca de hacer burla de Vuestra Merced, que á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto <sup>18</sup> él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entónces me hizo: de todo lo qual tiene Vuestra Merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara quanto me debía; mas como Vuestra Merced le deshonró tan sin propósito, y le dixo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en Vuestra Merced, quando se vió solo, descargó sobre mí el nublado de modo, que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dixo Don Quixote, enirme yo de allí, que no me habia de ir hasta dexarte pagado, porque bien debia yo de saber por luengas experiencias, que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré, que si no te pagaba, que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar,

aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Así es la verdad, dixo Andres, pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dixo Don Quixote, y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciando en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea, que era lo que hacer queria. Él le respondió que queria ir á buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andres hasta el último maravedí, á despecho y pesar de quantos villanos hubiese en el mundo. Á lo que ella respondió, que advertiese que no podia conforme al don prometido entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya, y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que secase el pecho hasta la vuelta de su reyno. Así es verdad, respondió Don Quixote, y es forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís, que yo le torno á jurar, y á prometer de nuevo, de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me creo desos juramentos, dixo Andres, mas quisiera tener<sup>19</sup> agora con que llegar á Sevilla que todas las venganzas del mundo: deme, si tiene ahí algo que coma y lleve, y quedese con Dios su Mer-

ced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dixo: toma, hermano Andres, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. ¿Pues que parte os alcanza á vos? preguntó Andres. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta, ó no, porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á la mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andres asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abaxó su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad, que al partirse dixo á Don Quixote: por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino dexeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de Vuestra Merced, á quien Dios maldiga, y á todos quantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Ibase á levantar Don

Quixote para castigalle, mas él se puso á correr de modo, que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quixote del cuento de Andres, y fué menester que los demas tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe de correr del todo.

## CAPÍTULO XXXII.

*Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la quadrilla de Don Quixote.*

Acabóse la buena comida, ensilláron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegóron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritónes, que viéron venir á Don Quixote, y á Sancho, le salieron á recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y díxoles, que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada, á lo qual le respondió la huésped, que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daría de Príncipes. Don Quixote dixo que sí haría, y así le aderezáron uno razonable en el mismo caramanchon <sup>20</sup> de márras, y

él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado, quando la huésped, arremetió al Barbero, y asiéndole de la barba, dixo: para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza, digo el peyne que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el Barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el Licenciado le dixo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dixese á Don Quixote, que quando le despojáron los ladrones galeotes, se habia venido á aquella venta huyendo, y que si preguntase por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reyno, como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el Barbero, y asimismo le volviéron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de Don Quixote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cu-

ra que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormía Don Quixote, y fuéron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entónces el dormir que el comer. Tratáron sobre comida, estando delante el ventero: su muger, su hija, Maritórnes y todos los pasajeros, de la extraña locura de Don Quixote, y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron: y como el Cura dixese, que los libros de caballerías que Don Quixote habia leído, le habian vuelto el juicio, dixo el ventero: no sé yo como puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo, no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos, ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á otros muchos: porque quando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el qual coge uno destes libros

en las manos, y rodéamonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas: á lo ménos de mí sé decir, que quando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas ni ménos, dixo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado que no os acordáis de reñir por entónces. Así es la verdad, dixo Maritórnes, y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas, y mas quando cuentan que se está la otra señora debaxo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles. Y á vos ¿que os parece, señora doncella? dixo el Cura, hablando con la hija del ventero. No sé, señor, en mi ánima, respondió ella, tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oirlo, pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que

los caballeros hacen quando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. ¿Luego bien las remediárades vos, señora doncella, dixo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciera, respondió la moza, solo sé que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros, tigres y leones y otras mil inmundicias: y ¡Jesus! yo no sé que gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado, le dexan que se muera, ó que se vuelva loco: yo no sé para que es tanto melindre, si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dixo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dexar de respondelle. Ahora bien, dixo el Cura, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver. Que me place, respondió él, y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra escritos de ma-

no. El primer libro que abrió, vió que era Don Cirongilio de Tracia, y el otro de Félix Marte de Ircania, y el otro la historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba con la vida de Diego Garcia de Paredes. Así como el Cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al Barbero, y dixo: falta nos hacen aquí ahora el Ama de mi amigo y su Sobrina. No hacen, respondió el Barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral, ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. ¿Luego quiere Vuestra Merced quemar mis libros? dixo el ventero. No mas, dixo el Cura, que estos dos, el de Don Cirongilio, y el de Félix Marte. ¿Pues por ventura, dixo el ventero, mis libros son hereges, ó flemáticos, que los quiere quemar? Cismáticos, quereis decir, amigo, dixo el Barbero, que no flemáticos. Así es, replicó el ventero, mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan, y dese Diego Garcia, que ántes dexaré quemar un hijo, que dexar quemar ninguno desotros. Hermano mio, dixo el Cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos, y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba,

el qual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo merecido: y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Truxillo en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de un puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta, y las escribe él asimesmo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes. Tomáos con mi padre, dixo el dicho ventero, mirad de que se espanta, de detener una rueda de molino: por Dios, ahora habia Vuestra Merced de leer lo que leí yo de Félix Marte de Ircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura como si fueran hechos de habas, como los frayleccios que hacen los niños: y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabe-

za, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues que me dirán del bueno de Don Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso, como se verá en el libro donde cuenta, que navegando por un rio le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vió se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ámbas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio, sino dexarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero que nunca la quiso soltar: y quando llegaron allá abaxo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos que era maravilla: y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano que le dixo tantas cosas, que no hay mas que oír. Calle, señor, que si oyese esto, se volvería loco de placer: dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice. Oyendo esto Dorotea, dixo callando á Cardenio: poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quixote. Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan, pasó ni mas ni mé-

nos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frayles descalzos. Mirad, hermano, tornó á decir el Cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Ircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos decís, de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque realmente os juro, que nunca tales caballeros fuéron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él. Á otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese quantas son cinco, y adonde me aprieta el zapato: no piense Vuestra Merced darme papilla, porque por Dios, que no soy nada blanco: bueno es que quiera darme Vuestra Merced á entender, que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dexar imprimir tanta mentira junta y tantas batallas y tantos encantamientos que quitan el juicio. Ya os he dicho, amigo, replicó el Cura, que esto se hace para entretener nuestros ocio-

sos pensamientos, y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas, que haya juegos de axedrez, de pelota, y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir, y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna de estos libros: y si me fuera lícito agora <sup>22</sup> y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avénid con sus verdades, ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no coxeis del pie que coxea vuestro huesped Don Quixote. Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco, que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, quando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros. Á la mitad desta plática se halló San-



cho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que había oído decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras: y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viage de su amo, y que si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba de dexalle y volverse con su muger y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero, mas el Cura le dixo: esperad, que quiero ver que papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenían un titulo grande que decia: *Novela del Curioso Impertinente*. Leyó el Cura para sí tres, ó quatro renglones, y dixo: cierto que no me parece mal el titulo desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. Á lo que respondió el ventero: pues bien puede leella su Reverencia, porque le hago saber, que á algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas véras, mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dexó esta maleta olvidada con estos libros

y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo, y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver, que aunque ventero, todavía soy christiano. Vos tenéis mucha razon, amigo, dixo el Cura, mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dexar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Mientras los dos esto decían, había tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al Cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Si leyera, dixo el Cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir quando fuera razon. Pues desa manera, dixo el Cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna de gusto. Acudió Maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien: lo qual visto del Cura, y entendiendo que á todos daría gusto y él le recibiría, dixo: pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera.